

## **Discurso del P. Peter Hans Kolvenbach en la apertura del Congreso de Estudios Internacionales sobre la Pedagogía Ignaciana**

[Messina, 14 de noviembre de 1991]

Es para mí un verdadero honor tomar parte en este Congreso de Estudios Internacionales sobre la Pedagogía de la Compañía de Jesús aquí, en la primera escuela formada por S. Ignacio en Messina. En primer lugar, deseo agradecer a todos los que han hecho posible este congreso.

Este año hemos celebrado el 500 aniversario del nacimiento de S. Ignacio y el 450 de la fundación de la Compañía de Jesús. Este año es también el 444 aniversario del comienzo de la aventura apostólica que se llama educación jesuítica, un servicio que ha ayudado a formar el espíritu y el corazón de millones de hombres y mujeres en países de todos los continentes. Por eso es justo que los participantes en este Congreso vengan de todas las partes del mundo para encontrar sus raíces en la pedagogía de los jesuitas, aquí, donde ha tenido su comienzo.

Os doy a todos vosotros la bienvenida con el deseo que este Congreso contribuya a sensibilizar nuestro interés sobre las exigencias de la tradición viva de la educación jesuítica y a encontrar los medios más eficaces para salir al encuentro de las necesidades de nuestros estudiantes que se mueven en la realidad de un mundo en el umbral del siglo 21.

### **Ignacio, innovador apostólico**

La decisión de fundar una orden religiosa no estuvo siempre en la mente de Ignacio. Con el pequeño grupo de sus compañeros, estudiantes en la universidad de París, Ignacio había decidido servir a Dios y al prójimo. Su idea inicial era de pasar la vida prestando asistencia a los peregrinos cristianos, en el ambiente hostil de Tierra Santa. Cuando este plan se demostró impracticable, el grupo se presentó al Papa poniéndose al servicio del pueblo de Dios para cualquier necesidad. Fue entonces cuando tomaron la decisión de fundar un Instituto Religioso. La aprobación del Papa fue concedida y comenzó la actividad apostólica.

No fue una visión la que impulsó a Ignacio a entrar en el mundo de la educación. De la fundación de casas de estudio para la formación de los propios medios, la nueva orden pasó gradualmente a la admisión de no jesuitas en las clases. De ahí el paso

para llegar a la Institución de una escuela secundaria en Messina en 1547 y de otras escuelas a continuación, fue breve.

Hoy es normal encontrar sacerdotes, hermanos y religiosas que enseñan letras y ciencias al par que filosofía y teología. Pero en el siglo XVI no era así. La advertencia de S. Bernardo es bien conocida: “Monachi non est docere sed lugere” (El monje no debe enseñar sino llorar, hacer penitencia). Etienne Pasquier, famoso profesor de la universidad de París, arremetía contra los jesuitas porque violaban el sagrado principio de la vida religiosa que prohibía estudios humanísticos distintos de la filosofía y de la teología. Él citaba incluso el ejemplo de S. Jerónimo, que había sido azotado por un ángel porque había dedicado demasiada atención a la lectura de las obras de Cicerón. Podemos hacernos una idea de estas críticas, difundidas dentro de los círculos eclesiásticos, viendo el cuidado con el cual jesuitas como Suárez y Ribadeneira negaban el calificativo de “innovación peligrosa” dado a la enseñanza de materias humanísticas y científicas. Ellos ponían en evidencia el hecho que ésta no era una violación del prestigio de la vida religiosa y citaban el ejemplo de algunos padres de la Iglesia, como Clemente de Alejandría y Orígenes.

Durante los últimos diez años de su vida, Ignacio aprobó personalmente la apertura de 39 colegios. De éstos 35 funcionaban ya antes de su muerte ocurrida en 1556.

John O’Malley ha demostrado que los jesuitas basaban sus métodos educativos sobre una doble tradición: la de los escolásticos que exaltaban el análisis intelectual y el estudio atento de sí mismo, y la de los humanistas, que atribuían a la educación un papel importante para la sociedad entera. Estos últimos ponían en relación la educación para la formación del carácter con la reforma del Estado y de la Iglesia. Los humanistas no exaltaban la “contemplación”; el objeto de la educación era la formación para el buen gusto y los justos valores.

Los jesuitas del siglo XVI intentaron fundir, en la cuarta parte de las Constituciones y en la Ratio de 1599, los elementos de las tradiciones escolásticas y humanísticas. Los primeros jesuitas no se contentaron simplemente con poner los dos sistemas paralelos entre sí, sino que crearon una síntesis. Por este motivo tanto la competencia como la dedicación al servicio constituyen la finalidad de la educación ignaciana. Desde sus orígenes Ignacio afirmó la extraordinaria dignidad de la persona humana en el universo concreto y defendió un desarrollo humano, total y pleno cuanto a crecimiento intelectual, a conocimiento y a contemplación.

Pocos años después de la publicación de la Ratio Studiorum de 1599, el P. Francesco Sacchini, el segundo historiador oficial de la Compañía, redactaba un opúsculo titulado Protepticon o Exhortación para profesores de los colegios secundarios de la Compañía de Jesús. En el prefacio afirma: “En nosotros la educación de la juventud no se limita a enseñar los rudimentos de la gramática, sino que se extiende al mismo tiempo a la formación cristiana”. El Epítome, adoptando la distinción entre “instrucción” y “educación” entendida como formación del carácter, sostiene que los maestros en los colegios deben estar preparados en los métodos de instrucción y en el arte de educar. La tradición de la educación de los jesuitas siempre ha afirmado que el criterio adecuado para obtener el éxito en los colegios de la Compañía no depende simplemente de dominar la frase, las fórmulas, la filosofía. La prueba consiste en las acciones, no en las palabras: ¿qué harán nuestros estudiantes frente a tal criterio educativo? Ignacio se preocupaba de formar hombres instruidos para trabajar en la mejora de otros, pero la cultura no es suficiente para conseguir este objetivo. Para que la educación sea completa y fructuosa un hombre debe ser al mismo tiempo bueno e instruido. Si no es instruido no estará en grado de ayudar a su prójimo como podría; si no es bueno no querrá ayudarlo o al menos no podrá hacerlo de manera eficaz.

Este fin apostólico debe todavía ser traducido en programas prácticos y en métodos apropiados en el ambiente escolástico. Una de las características de Ignacio, que emerge de los Ejercicios Espirituales, en la cuarta parte de las Constituciones y en muchas cartas suyas, es su insistencia y su interés tanto para los más altos ideales como para los medios más concretos para realizarlos. La visión sin un método apropiado puede percibirse como una banalidad estéril, mientras un método sin una visión unificadora se juzga a menudo como una moda efímera.

En consecuencia, Ignacio y sus sucesores han formulado directivas pedagógicas de primera importancia. Hago mención de algunas de ellas:

- a) Ignacio sostenía que la aptitud del hombre que agradece al Señor sus dones como la creación, el universo y su misma existencia, debía ser al mismo tiempo de temor y maravilla. En su meditación principal sobre la presencia de Dios en el ámbito de la creación, Ignacio invita a superar cualquier análisis lógico llevándonos a una respuesta afectiva hacia Dios, que para nosotros está presente en cada aspecto de la realidad. Encontrando a Dios en todas las cosas comprendemos Su plan de amor en nuestras circunstancias. El papel de

la imaginación, de las emociones, de la voluntad y del entendimiento es importante en el método ignaciano. Por esto, la educación de la Compañía implica la formación de la persona en su totalidad. La tarea confiada a nuestros colegios es la de integrar esta dimensión total para poner a los estudiantes en condición de descubrir el mundo de los valores de la vida, a fin que puedan ser guiados a comprender importantes preguntas como “quiénes somos”, “por qué estamos aquí”, y reciban los consejos apropiados para la elección de las prioridades y de las decisiones en las ocasiones de los momentos cruciales de la propia vida. Se prefieren, por tanto, métodos de enseñanza que exalten tanto la búsqueda rigurosa como el conocimiento y la reflexión.

- b) En esta aventura que es la búsqueda de Dios, Ignacio respeta la libertad del hombre. Esto excluye toda apariencia de indoctrinación o manipulación por parte de nuestro método educativo. La pedagogía de los jesuitas debe permitir a los estudiantes explicar la realidad, libres de toda influencia y prejuicios. En suma, debe poner en guardia al discípulo de no caer en la trampa de presunciones y preconceptos, haciéndolo capaz de no dejarse influir por los valores comunes que pueden fácilmente distorsionar la verdad. Por eso, la educación de la Compañía estimula a los estudiantes a conocer y amar la verdad. Su finalidad es permitir a las personas ser críticas en las confrontaciones con la sociedad propia, tanto positiva como negativamente, abrazando los sanos principios y recusando los valores y prácticas especiosas.
- Nuestras instituciones contribuyen de manera esencial a mejorar el interior de la sociedad, incorporando en el proceso educativo un riguroso y atento examen de los problemas y de las preocupaciones cruciales del hombre. Por esta razón los colegios de la Compañía se comprometen seriamente para obtener un alto nivel de preparación. Hablamos de algo muy lejano del fácil y superficial modo de los slogans y de las ideologías, de las repuestas puramente emotivas y egoístas, de las soluciones simplistas e inmediatas. La enseñanza, la búsqueda y todo lo que está inserto en un proceso educativo son elementos de la máxima importancia dentro de nuestra institución porque rechazan toda visión distorsionada y parcial del ser humano. Todo esto está en claro contraste con instituciones educativas que a menudo involuntariamente desvían el interés central para el individuo a causa de desorganizados trazos en la especialización.

c) Ignacio insiste sobre el ideal del total desarrollo del individuo. De modo particular, resalta el concepto del magis, una más grande, una mayor gloria de Dios. Por este motivo, en el ámbito de la educación, Ignacio pide que nuestras aspiraciones vayan más allá de la habilidad y la capacidad de conocimiento que normalmente se pueden encontrar en estudiantes de la enseñanza secundaria preparados y competentes. Magis se refiere no solamente a la teoría, sino también a la acción. En su preparación los jesuitas están impulsados tradicionalmente por varias experiencias para explorar las diversas manifestaciones del servicio cristiano a fin de desarrollar un espíritu de generosidad. Nuestros colegios deben incrementar este impulso de la visión ignaciana en programas de servicios que animen a los estudiantes a moverse hacia una experiencia activa, poniendo a prueba su confianza en el magis. Con este servicio el estudiante podrá ser llevado a descubrir la dialéctica de la acción y de la contemplación.

d) Pero no todas las acciones llevan verdaderamente a una mayor gloria de Dios. Por eso Ignacio propone un modo para captar y elegir, es decir discernir, la voluntad del Señor. En nuestras escuelas, colegios y universidades la reflexión y el discernimiento deben ser enseñados y practicados.

Con todos los valores contradictorios que hoy nos circundan, elegir con libertad no es nunca fácil. Raramente sucede que todas las razones que nos han empujado hacia una determinada elección se encuentren en el mismo lado; hay siempre una buena dosis de duda. Entonces es cuando el discernimiento asume toda su importancia. El discernimiento nos impone levantar acta de los hechos y después reflexionar, individuando los objetivos que nos estimulan, sopesando los valores y las prioridades, valorando de qué modo determinadas decisiones importantes podrán tener un impacto sobre los pobres, eligiendo y viviendo con nuestras elecciones.

e) Además la respuesta a la llamada de Jesús no puede ser egoísta; Cristo nos pide que seamos y enseñemos a nuestros estudiantes a ser para los otros. La visión de Ignacio del mundo está centrada sobre la persona de Cristo; la realidad de la encarnación influye profundamente en la educación de la Compañía de Jesús. El fin primario, la verdadera razón de la existencia de los colegios es formar hombres y mujeres para los demás, imitando a Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el hombre por excelencia dedicado a los demás. Por esto la

educación de la Compañía, fiel al principio de la Encarnación, es humanística. El P. Arrupe escribía: “¿Qué significa el mundo si no se le pone al servicio de la humanidad?”. El egoísta no sólo no humaniza lo creado, sino que deshumaniza a los mismos hombres. Transforma los hombres en cosas para dominarlos, para disfrutarlos, y toma para sí mismo el fruto del trabajo de ellos. El hecho trágico es que obrando así, el egoísta se deshumaniza a sí mismo. Se somete él mismo a los bienes y riquezas que desea; con avidez se vuelve esclavo de ellas, y no es ya una persona controlada, sino un ser guiado por los propios deseos ciegos y sus objetivos.

Hoy comenzamos a comprender que la educación no necesariamente humaniza o cristianiza. Perdemos la confianza en una educación que conduce a la virtud prescindiendo de su calidad, o impulso u objetivo. Se hace siempre más claro que si debemos ejercitar una fuerza moral en el interior de la sociedad, debemos hacer que el proceso educativo tenga lugar en el interior de un contexto moral. Esto no para sugerir un programa de adoctrinamiento que sofoque el espíritu, y menos la creación de cursos de teoría que tengan el sabor de especulación o de conceptos lejanos a la verdad. De lo que se tiene necesidad es de un cuadro de investigación en el cual el proceso de lucha con los grandes temas y los valores complejos se hace plenamente legítimo.

- f) En esta tentativa para formar hombres y mujeres competentes y conscientes, Ignacio no pierde jamás de vista el individuo singular. El, en efecto, sabía que Dios ofrece dones diversos a cada uno de nosotros. Uno de los principios fundamentales de la pedagogía de la Compañía se deriva directamente de esto, es decir, *alumnorum cura personalis*, un genuino amor y una atención personal para cada uno de nuestros estudiantes.

En un colegio de la Compañía la mayor responsabilidad para la formación, sea moral o intelectual, no reside en el comportamiento en la actividad dentro o fuera de los cursos de estudio, sino en los mismos profesores, bajo la mirada atenta de Dios. Un colegio de la Compañía debe ser una comunidad abierta a la sinceridad, en la cual las relaciones estrictamente personales entre profesores y estudiantes puedan desarrollarse.

En efecto, sin semejantes vínculos de amistad, gran parte de la fuerza única de nuestra educación se perdería. Una relación auténtica de confianza y amistad entre el profesor y el estudiante es una condición fundamental para

todo crecimiento genuino de los valores. Y así la Ratio de 1591 afirma que los profesores tienen necesidad, en primer lugar, de conocer a los propios alumnos. Recomienda que los maestros estudien a los propios alumnos de manera exhaustiva, reflexionen sobre sus aptitudes, sus defectos y las implicaciones del comportamiento en su clase, y añade que al menos algunos de los profesores deben tener conocimiento del ambiente familiar de los estudiantes. Los profesores deben siempre respetar la dignidad y personalidad de los alumnos. En clase, continúa la Ratio, los profesores deben ser pacientes con los muchachos y saber pasar por alto ciertos errores o dejar la corrección hasta el momento psicológico adaptado, Deben ser siempre más inclinados a la alabanza que a la culpa, y si es necesario corregir, se debe hacerlo sin ser ásperos. El espíritu amigable alimentado con frecuentes, casuales conversaciones con los estudiantes, también fuera de las horas escolares, ayudará mucho a conseguir esta finalidad. Estas pequeñas advertencias sirven sólo para aplicar el concepto básico de la verdadera naturaleza del colegio como comunidad, y del considerable papel del profesor en su interior.

En el preámbulo de la cuarta parte de las Constituciones, Ignacio pone el ejemplo personal de los profesores en primer plano, respecto a la enseñanza o a la retórica, como medio apostólico para ayudar a los estudiantes a crecer en los valores. En el interior de esta comunidad escolar, el profesor influenciará el carácter de modo persuasivo, al bien y al mal, con el ejemplo que dé de sí. En nuestra época, el Papa Pablo VI observaba con agudeza en la *Evangelii nuntiandi* que “hoy los estudiantes no prestan mucha atención a los profesores cuanto a los testimonios, y si escuchan a los profesores, es porque son testigos”.

## **Métodos**

Las dificultades que Ignacio encontró en sus estudios le enseñaron que el entusiasmo no es suficiente para obtener éxito en el estudio. Los factores importantes son el modo con que cada estudiante viene dirigido y el método de enseñanza. Cuando ojeamos la Ratio, la primera impresión que recibimos es la de un conjunto de reglas para el horario, para una prudente diversificación de las clases, para la selección de los autores que leer, para los diferentes modos de actuar en varios momentos de la

mañana y de la tarde, para la corrección de los temas y la asignación de los deberes escritos, para el grado preciso de capacidad que deben adquirir los estudiantes de cada clase antes de pasar a la sucesiva. Pero todos estos pormenores se ponen a punto para crear un cuadro firme y tranquilizador de orden y claridad dentro del cual tanto el estudiante como el profesor puedan conseguir con singularidad los propios objetivos. A continuación indico algunos entre los métodos típicos empleados en la educación de la Compañía:

1. Dado este tipo de orden y cautela para el método, será relativamente fácil establecer precisos y determinados objetivos escolares para cada clase. Se ha comprendido que ésta era prerrogativa esencial para todo buen método de enseñanza: saber qué se busca y cómo buscarlo. El instrumento típico empleado para esta finalidad es la clase en la cual el profesor prepara cuidadosamente a los estudiantes para su actividad siguiente, que ya de por sí es fuente de enseñanza y de formación del carácter.
2. Pero los objetivos de la enseñanza deben ser seleccionados y adaptados a los estudiantes. Los primeros profesores jesuitas pensaban que incluso los niños podían aprender mucho, con tal que no se sumergiesen en demasiadas nociones de una sola vez. Más tarde, el interés por la posibilidad y el resultado tomó importancia diversa, según la capacidad de cada estudiante. Un siglo después de la publicación de la Ratio, Jouvancy afirmó que los jóvenes talentos, como vasos de cuello estrecho, se pueden llenar solamente echando el líquido lentamente, gota a gota.
3. Puesto que conocía bien la naturaleza humana, Ignacio comprendió que sin la participación activa de la persona, una actividad, aun regular, en la plegaria o en los estudios, no era suficiente para ayudar al crecimiento individual. En los Ejercicios Espirituales Ignacio resalta la importancia en la auto-actividad de parte de quien da los Ejercicios. La segunda Anotación exige que el director espiritual sea breve en el proponer la materia de cada meditación, de modo que, con la propia actividad en la oración, el que recibe los Ejercicios pueda encontrar algo que le haga comprender mas o sentir las verdades, o descubrir la elección a que Dios le llama. Este descubrimiento tiende a producir alegría en quien recibe los ejercicios, y mayor comprensión y atracción por la verdad. Esto no sucedería “si el que da los Ejercicios hubiese declarado y ampliado el sentido de la historia”. En la XV Anotación escribe “deje inmediate obrar al



Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor”. Ignacio conocía la tendencia de todo maestro, sea en el campo de la oración o en el de la lógica o el de la retórica, a discurrir largamente sobre las propias opiniones respecto a la materia tratada. Ignacio comprendió que no existe aprendizaje sin la participación intelectual del mismo estudiante. Así en diversos ejercicios y estudios las actividades eran consideradas muy importantes.

4. El principio de la auto-actividad por parte del estudiante consolida las instrucciones detalladas de la Ratio respecto a las repeticiones: diarias, semanales, mensuales, anuales. Este era, en efecto, un método ulterior para estimular, guiar y obtener el ejercicio del estudiante, que se dirige al dominio y al control. Pero repetir no quiere decir sólo enojosa representación del material memorizado. Más bien debe ser una ocasión en la cual reflexionando sobre lo que preocupa o interesa al estudiante durante las clases, podrán verificarse reflexiones personales e interiorizadas.
5. Si, como hemos visto no hay conocimiento sin acción, así tampoco existe acción de éxito sin motivación. Ignacio observó que quien estudia no debe jamás superar las dos horas sin concederse un descanso. El prescribe una cierta variedad en las actividades de clase, “puesto que nada debilita más la atención de los jóvenes que una prolongada, monótona actividad”, En cuanto es posible, el aprendizaje deber ser agradable tanto intrínseca, como extrínsecamente. Después de un esfuerzo inicial para orientar a los estudiantes hacia la materia tratada, se debe buscar despertar en ellos el interés por la materia misma. Con este espíritu se ponen en escena comedias y espectáculos dirigidos a estimular el estudio de la literatura, puesto que “friget enim poesis sine teatro”. Y también certámenes, juegos, etc., eran sugeridos de modo que el deseo de sobresalir por parte del adolescente le ayudase a profundizar el aprendizaje. Estas actividades demuestran un interés predominante para hacer el estudio estimulante y así captar la atención y mejorar la aplicación.

Todos estos principios pedagógicos están, por tanto, estrictamente ligados entre sí. El resultado educativo al que se busca llegar es el crecimiento genuino concebido en términos de capacidad y caracteres constantes. El carácter no se determina sólo por la comprensión de los hechos o por el comportamiento, sino por el conocimiento y la interiorización. El conocimiento es el producto de continuos esfuerzos y ejercicios

intelectuales, pero esfuerzos fructuosos de este tipo son imposibles sin una motivación y un ambiente humano adecuados. Ninguno de estos principios es particularmente original, si bien la estrecha concatenación entre ellos fuese a su tiempo una novedad.

Naturalmente, la adaptación a la época y a los lugares diversos ha terminado manifestando la idea pedagógica de Ignacio en varios modos concretos. Hace diez años se comenzó a sentir la exigencia, en muchas partes del mundo, de un estatuto más moderno sobre los argumentos esenciales de la pedagogía de la Compañía. La Compañía ha sido capaz de responder a esta petición, no redactando un nuevo Ratio Studiorum, sino ofreciendo una visión contemporánea de las características de su pedagogía.

No pretendo recapitular en este lugar ese importante documento. Más bien, en esta ocasión querría centrar mi atención sobre la importante área de nuestra misión hoy y sobre el impacto que ella tiene en nuestros colegios, con respecto a nuestra pedagogía por la fe y la justicia.

### **Hacia una pedagogía por la Fe y la Justicia**

¿Por qué la Compañía continúa insistiendo sobre la promoción de la justicia? Los pobres son la prueba viviente del fallo humano en la continuación del trabajo de la creación. No es sorprendente si, por tanto, la obra de Jesús se dirige a los pobres: no para excluir a los otros, sino para curar las heridas del cuerpo de la humanidad entera. Los pobres demuestran a la gente lo que Dios no quiere que sean.

El pobre es, por definición, el que más necesidad tiene de otro. Está en una situación de desigualdad con respecto a los demás. A menudo en todos los niveles de nuestra humanidad, puesto que una desigualdad socioeconómica arrastra a menudo una desigualdad cultural. Es necesaria por tanto una desigualdad de trato en su favor: para modificar eficazmente la desigualdad primera en la cual él se encuentra.

Ignacio en su pedagogía estaba también claramente orientado hacia aquellos que están abajo, en función del magis de servicio que esta opción prioritaria implica para imitar a Cristo. Cuando el rico y el pobre están tratados de modo igual, la igualdad en realidad no existe. La prioridad que Dios concede a los pobres significa por tanto antes de nada que tiene cuenta de la situación de desigualdad en la cual ellos se encuentran. Paradójicamente es una desigualdad en el trato que asegura en este

caso la igualdad de todos en la participación del amor de Dios a los hombres. Es este el sentido que claramente marca la opción de Ignacio por los que están abajo, aun no excluyendo para nada a los que están arriba, al contrario, implicándolos, incluyéndolos en esta participación de la acción prioritaria de Dios, porque solamente en la medida en la cual los que están arriba se den, según el mandamiento nuevo de amor, a los que están abajo, pueden llamarse cristianos. Este aspecto de la actividad de Ignacio muestra claramente este punto de unión entre mística cristocéntrica y política social.

Todavía, en esta política hacia el que está abajo -una opción preferencial por los pobres a imagen de Cristo Ignacio, como su Señor, no excluye de ninguna manera al que socialmente está "alto" en la sociedad humana. Ignacio será, al contrario, un santo particularmente implicado en la relaciones con los potentes y los grandes. Esta es la justificación de la educación de los estudiantes que estarán en lo alto.

Ignacio quería que los colegios que la Compañía aceptaba dirigir fuesen fundados, o sea sostenidos por fundaciones económicas. Esto porque los colegios de la Compañía debían ser públicos, o sea abiertos a los estudiantes de todo nivel socioeconómico. Hoy las circunstancias son diversas, pero el reclutamiento de estudiantes debe implicar un esfuerzo particular para hacer posible la educación por parte de la Compañía también a los menos afortunados. Pero intento precisar en este punto para no ser mal entendido. La opción por los pobres es mucho más total y comprometedor porque nos llama a educar a todos -ricos, clase media y pobres- en la perspectiva de los pobres. Ignacio quería que los colegios de la Compañía fuesen abiertos a todos; el Evangelio dice que el amor de Dios es universal. Dado el amor particular que alimentamos por los pobres, nosotros educamos a todas las clases sociales a fin que los jóvenes de todos los estratos de la sociedad puedan aprender y crecer en el amor especial de Cristo hacia los pobres. El interés por los problemas sociales no debe faltar jamás; debemos exhortar a todos nuestros estudiantes a usar la opción por los pobres como un criterio, no tomando jamás una decisión importante sin antes haber valorado el impacto que puede tener sobre el último hombre de la sociedad. Esto incide notablemente sobre el programa de estudios, sobre el desarrollo del pensamiento crítico y de los valores, sobre los cursos inter-disciplinarios, sobre el ambiente universitario, sobre el servicio y las experiencias, sobre la comunidad.

En nuestra misión actual, la pedagogía fundamental de Ignacio puede ser de gran ayuda para conquistar el espíritu y el corazón de las nuevas generaciones; en efecto, se concentra sobre la formación de toda la persona, corazón, espíritu y voluntad y no sólo entendimiento. Puede ser un reto para los estudiantes respecto al discernimiento del significado de lo que estudian, no limitándose a la sola repetición mecánica mnemónica. La pedagogía ignaciana anima la adaptación que requiere una apertura mental. Pretende el respeto de la capacidad de los estudiantes en los varios niveles de su crecimiento; y todo el proceso está formado en un ambiente escolástico rico de atenciones, respeto y confianza en el cual la persona pueda afrontar honestamente los retos, a menudo fatigosos, para llegar a ser un hombre con y para los demás. Nuestro éxito será siempre inferior al ideal. Pero es la lucha por aquel ideal, por la mayor gloria de Dios, lo que ha sido siempre el signo característico de la empresa de la Compañía de Jesús. Que el Señor nos bendiga al afrontar este reto.